JOAQUÍN ABATI Y DÍAZ

Entre Doctores

JUGUETE COMICO

en un acto y en prosa, original

QUINTA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

ENTRE DOCTORES

ENTRE DOCTORES

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ABATI Y DÍAZ

Estrenado con gran éxito en el TEATRO LARA el 18 de Mayo de 1892

QUINTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

—

1908

Al inimitable actor

Don Ramón Rosell

Querido amigo: Cumplo un deber de gratitud, colocando al frente de mi primera producción el nombre del que con su valioso apoyo y sabios consejos, ha contribuído poderosamente al buen éxito alcanzado por la presente obrilla.

Le quiere y admira,

Joaquín Abati.

Madrid 30 de Mayo de 1892.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES	
PILAR	SRA.	RODRÍGUEZ.
NICOLASA (criada)	SRTA.	ALCALDE.
DON CÁNDIDO	SR.	ROSELL.
EL DOCTOR CONDE		LACASA.
EL DOCTOR MENDOZA		LARRA.
ARÍSTIDES		RUBIO.
TOMÁS (criado)		SOTO.

LA ACCION EN MADRID

Derecha é izquierda, las de actor

ACTO UNICO

Gabinete en casa de don Cándido. Puerta de entrada al fondo. En segundo término, puertas á derecha é izquierda. En primer término, puerta á la izquierda, que conduce á la alcoba de doña Carmen, que se supone enferma. A la derecha balcón. A la izquierda, en primer término, mesa con libros, periódicos, etc. A la derecha velador con una lámpara encendida y recado de escribir. Sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA

DON CÁNDIDO, el DOCTOR MENDOZA y PILAR. Al levantarse el telón sale don Cándido por la puerta del primer término de la izquierda seguido de Mendoza y Pilar

CÁN. Con franqueza, Doctor. ¿Cómo encuentra usted á la enferma?

MEND. Pues con franqueza, don Cándido, algo peor que ayer. No hay motivo para alarmarse, pero considerando que el tratamiento actual no ha respondido á lo que yo esperaba y que tengo que marcharme, creo llegado el momento de celebrar una consulta.

PILAR (Asustada.) ¿Tan grave está?

MEND. No, señorita. Tranquilícese usted. La vida de su señora madre no corre peligro por ahora. Lo único que me inquieta es que la enfermedad pueda convertirse en crónica, siendo entonces más rebelde y difícil de dominar. Por eso reclamo la intervención de un compañero.

CÁN. Está bien, Doctor. ¿Y cuándo le parece á usted?...

MEND. Aunque el caso no es urgente, la consulta habrá de celebrarse en seguida, pues dentro de pocas horas no estaré en Madrid. La eleccion del médico es asunto que dejo á su cargo. (Saca el reloj.) No pierda usted tiempo en avisarle. Voy á comer y vuelvo al momento. ¡Ah! Señorita, no olvide usted la medicina... cada media hora..

PILAR No señor.

MEND. ¿Cómo que no? Sí, señorita, cada media...

PILAR Digo que no señor... que no se me olvidará.

MEND. ¡Ah!... mil perdones... á los pies de usted. Hasta luego, don Cándido.

CÁN. Adiós, Doctor. (Vase el Doctor.)

ESCENA II

DICHOS y TOMÁS. Don Cándido toca un timbre y aparece Tomás

CÁN. Tomás.

TOM. Señor.

CÁN. Vé inmediatamente á casa de... de... aguarda... Oye, hija mía, ¿á quién te parece que llamemos?

PILAR Yo no sé, papá... A Campos... ¿no es bueno?

CÁN. ¿Campos?... sí, pero es demasiado joven.

PILAR ¿Y Ramírez?

CÁN. Es muy viejo.

PILAR ¿Y Carrasco?

CÁN. Es especialista. Se dedica á las enfermedades del pie derecho.

PILAR Pues entonces... á cualquiera... Mira, puedes avisar al Doctor Conde.

CÁN. ¿Y quién es el Doctor Conde?

PILAR Un célebre médico que acaba de llegar de América. El lunes, en casa de las de Quintanapalla, oí decir que es una notabilidad. Ellas le conocen mucho y me contaron curas maravillosas realizadas por él... como la del general... no recuerdo...

CÁN. ¿El general no recuerdo?

PILAR No... si es que... bueno... El caso es que ha curado á un general. ¡Ah! Y al Arzobispo de Toledo. Las de Quintanapalla me lo recomendaron mucho.

CÁN. Perfectamente. ¿Dónde vive?

PILAR No lo sé, pero ellas pueden dar las señas.

CÁN. (Se sienta á la mesa y escribe.) Ya lo oyes, Tomás. Vas primero á casa de las de Quintanilleja.

PILAR Quintanapalla.

CÁN. ¡Ah! sí. Quintanapalla. Preguntas por el Arzobispo de Toledo.

PILAR ¡Pero papá!...

CÁN. No... por el médico del Arzobispo... el señor Conde. Cuando tengas las señas, le llevas esta tarjeta y te vienes en seguida. Toma. (Le da una tarjeta.)

TOM. Está bien, señor. (Vase.)

CÁN. (Desde la puerta.) A ver si das bien el recado, ¿eh? Ya sabes... el señor Arzobispo .. el médico del señor Conde... es decir... (Volviendo á escena.) Estos criados... si no está uno encima... Mira, hija mía, mientras viene Mendoza, voy á avisar por teléfono á Gómez, que me esperaba esta noche. Vuelvo en seguida. Tú, te quedas con la chica. Ten mucho cuidado de mamá. A propósito; (Saca el reloj.) ya es hora de que tome la medicina. (Se pone el sombrero.)

PILAR Voy por ella. (Se dirige hacia la puerta del fondo deteniéndose al ver á Nicolasa, que entra con una taza en la mano.) ¡Ah!... ¡aquí está... ahora se la daré!

CÁN. Bueno, pues hasta luego. (Vase.)

PILAR ¡Adiós, papá!

ESCENA III

PILAR y NICOLASA

NIC. (Moviendo con la cuchara el líquido de la taza para enfriarlo.) ¿Cómo sigue la señora?

PILAR Está un poco peor.

NIC. ¡Cuánto lo siento! ¡Dios quiera que mejore pronto!

PILAR Gracias, Nicolasa. Ya sé que nos tienes mucho cariño.

NIC. No lo puedo remediar. (Pilar quiere coger la taza.) Pero no se moleste usted, señorita... yo la llevaré.

PILAR No, mujer, déjame, es igual. (Coge la taza y vase por la primera izquierda.)

NIC. ¿Conque peor? No me extraña. ¡Si ha de morir de un berrinche! ¡Vaya un genio!... ¡Parece que los criados estamos á su disposición! En cambio, la señorita no puede ser mejor. ¡Le puse ayer cinco pesetas por medio kilo de merluza y no dijo esta boca es mía! ¡Así da gusto! ¡Ni más ni menos que la mamá! Para ella todo era caro, poco y malo... En fin, ahora me aprovecho, y luego... veremos. (Va á marcharse por el foro y se detiene al ver á Arístides.)

ESCENA IV

DICHAS y ARÍSTIDES, vestido con elegancia algo exagerada

NIC. Pero, señorito... ¿Cómo se ha atrevido usted?...

ARÍS. Pues... ya lo ves... atreviéndome, soy atrevidísimo.

NIC. ¡Dios mio! ¡Si el señor lo supiera!

ARÍS. No lo sabrá. Lo he visto salir... y como me dijiste que la mamá estaba enferma...

NIC. Sí, pero el señor está muy escamado. Si vuelve y le encuentra á usted aquí... no quiero pensar en lo que va á suceder. Lo primero que hace es ponerme en la calle.

ARÍS. Y á mí también. Nos iremos juntos.

NIC. No, á usted le pegaría una paliza.

ARÍS. (Con dignidad.) Eso sería si yo... no me escapaba.

NIC. No quiere que la señorita tenga novio, y dice que al primero que pesque le mete cuatro balas en el vientre.

ARÍS. ¡Qué horror! ¡Un fusilamiento abdominal!... ¡Y yo que padezco del estómago!... Pero oye... á mí no me conoce...

NIC. Lo mejor es que se marche usted cuanto antes.

ARÍS. ¿Sin ver á tu señorita? No... yo no me voy sin verla. Tenemos que hablar. ¿Dónde está?

NIC. En la alcoba de la señora. No tardará en salir.

ARÍS. Pues la espero. ¡Vaya si la espero! Ese kalmuco no ha de volver tan pronto... y aunque vuelva... Ahora me siento grande... no tengo ni pizca de miedo... Yo soy así... ya que he subido...

NIC. Haga usted lo que quiera. Yo me lavo las manos.

PILAR (Desde dentro, abriendo la primera puerta de la izquierda.) Bueno, mamá; á ver si duermes un poquito. (Entra en escena.)

NIC. Ahí está. (Aquí sobro yo.) (Vase por el foro, llevándose la taza que Pilar sacará vacía y dejará sobre la mesa.)

ESCENA V

PILAR y ARÍSTIDES. Pilar, al ver á Arístides, hace un movimiento de sorpresa y permanece un momento en silencio. Arístides intenta hablar, pero no dice nada

PILAR (¡Dios mío... qué imprudencia!) Caballero...

ARÍS. (Muy turbado.) Se... señorita...

PILAR Me extraña mucho que usted...

ARÍS. Sí, señorita... verdaderamente es extraño que... que yo... pero...

PILAR Y sobre todo en estos momentos...

ARÍS. Justo... mucho más en estos momentos.. pero...

PILAR ¿Pero qué?

ARÍS. Pero... nada...

PILAR Si viniera papá...

ARÍS. Sí, ya sé... (cuatro balas en el vientre...)

PILAR ¿Por qué no se marcha usted?

ARÍS. ¿Yo?

PILAR Sí.

ARÍS. (Encogiéndose de hombros) ¡Pchst! Porque... ¡Ah! ¿Cómo está su señora mamá?

PILAR Peor.

ARÍS. ¡Peor... de salud?

PILAR Naturalmente.

ARÍS. (Creo que he dicho una majadería.) ¡Caramba!.. ¡Pues lo siento!... ¡Pobre mujer!...

PILAR (¡Mujer!) Gracias.

ARÍS. Yo también ando malucho estos días.

PILAR ¿Sí?

ARÍS. Sí, señorita. Me duele el corazón.

PILAR (¡Qué fino!... Es una indirecta)

ARÍS. Debe ser el trancazo.

PILAR (Pues no lo es.) (Aparte, pero de modo que le oye Arístides.)

ARÍS. ¿Que no? Sí... señorita... yo creo que sí...

PILAR (¡Vaya un chasco!...) Puede.

ARÍS. Ya lo creo... Si usted tuviera el dolor que tengo yo en el pescuezo... (Llevándose la mano al cuello.) ¡De seguro lo he cogido en la Universidad!... ¡Está aquello tan frío!... Si viera usted... ni un mal brasero... lo que es en este tiempo... Vaya usted un día por gusto... (Pilar se impacienta.) de verdad.

PILAR (No sabe lo que dice. Está el pobre aturdido)

ARÍS. (Parece que se impacienta. Cambiaré de conversación.) Por mí no esté usted de pie. (Se sienta junto al velador.)

PILAR (Nada... lo dicho.) Gracias (Se sienta.) (A ver si se serena un poco...)

ARÍS (¿Cómo la diré yo?..)

PILAR (Mirando con inquietud hacia la alcoba.) ¿Quiere usted hacerme el obsequio de bajar un poco esa lámpara?

ARÍS. Con muchísimo gusto. (Coge la lámpara que está sobre el velador y la coloca en el suelo.)

PILAR ¿Pero qué hace usted?

ARÍS. Bajar la lámpara... ¿no me ha dicho usted?...

PILAR (Riendo.) No, hombre... la luz... la torcida...

ARÍS. ¡Ah!... ¿La torcida? (Coloca la lámpara en su sitio y baja la luz.) (Soy un animal.)

PILAR Eso... eso... (Viéndole bajar la luz)

ARÍS. (Volviéndose.) ¿Eh?

PILAR Que ahora ha acertado usted.

ARÍS. (Ya lo creo.)

PILAR Gracias.

ARÍS. No hay de qué.

PILAR Pues papá ha salido.

ARÍS. Ya lo sé. Le he visto.

PILAR ¡Ah! ¿Estaba usted abajo?

ARÍS. Sí, señorita... desde las tres en un simón... le tomé por horas...

PILAR (¡Pobrecillo!) Siento mucho que por mí se haya usted molestado.

ARÍS. No... si es que he tenido que asistir á una boda... y por eso...

PILAR (Con aire de contrariedad.) (¡Vaya... otra vez! ¡Jesús que hombre!)

ARÍS. (¡Anda... se enfada!) Dispense usted, señorita. No tenía más remedio. Es un choricero amigo de papá... pero si á usted no le gustan los chori... digo... que vaya á las bodas...

PILAR Sí; hombre, sí... vaya usted.

ARÍS. Con franqueza... bastará una ligera indicación... nada de cumplidos... Pues como iba diciendo, desde el coche he visto salir á su papá, y me he tomado la molestia... es decir la libertad... eso es, la libertad, de subir á... á...

PILAR ¿A qué?

ARÍS. (Me lanzo.) A dos cosas.

PILAR ¿A dos cosas?

ARÍS. Sí. (Levantándose.) La primera entregar á usted esta carta. (Saca una del bolsillo y se la da.) (¡Uf!... ya la solté.)

PILAR No sé si debo... (Se levanta.)

ARÍS. Sí, señorita... yo creo que sí debe usted.

PILAR (Se sienta junto á la lámpara, abre la carta y lee.) «Señor don Arístides Valcárcel: Muy señor mío: si no me devuelve usted mañana las cincuenta pesetas...»

ARÍS. (¡Atiza!... ¡Buena la he hecho!) No... no... señorita, me equivoqué. (Se la arrebata. Sacando otra carta.) es esta. (Se la ofrece y guarda la otra.)

PILAR Fíjese usted bien.

ARÍS. (Sacándola del sobre.) Sí... sí... esta es. (Se la da.) Son versos dedicados á usted.

PILAR Vamos á ver. (Lee.)

«Cual volcán encendido, así mi pecho
arde de amor por tí.»

(¡Me tutea!)

«Si quieres verme alegre y satisfecho,
dime por Dios que sí.»

ARÍS. (Aparte.) ¡Qué bonitos son!

PILAR «Te vi, me enamoré, perdí el reposo,
la calma, el bienestar:
en seguida me puse á hacerte el oso
y empecé á adelgazar.»

(¡Pobre muchacho!... ¡La verdad es que entre la pasión y los dolores que tiene.. está divertido!)

«Sin patria, sin familia, abandonado,
sólo me queda usted.»

(¡Anda; ahora me llama de usted!)

«Soy un pobre bajel desarbolado,
del viento á la merced.»

ARÍS. No... no... bajel. . es bajel.

PILAR Pues bajel... eso he dicho...

ARÍS. Había entendido pajel...

PILAR «Amame...»

Otra vez de tú...

«Amame, compasión, pues, ten...»

Compasión, pues, ten... Esto parece vascuence...

«Clemente...
sé tú, por caridad,
si no... cometeré probablemente
una barbaridad
Arístides Valcárcel.»

¡Ah! ¿Se llama usted Arístides Valcárcel?

ARÍS. Sí, señorita, para servir á Dios y á usted.

PILAR ¿Entonces es usted el de las cincuenta pesesetas?

ARÍS. No, señorita. Fuí el de las cincuenta pesetas; pero ya no las tengo. Usted dirá: este es un calavera, ¿eh? Pues no. Es la primera vez que he pedido dinero prestado... un compromiso... y me ha faltado el tiempo para devolverlo.

PILAR Bien hecho.

ARÍS. Por eso no lo he devuelto.

PILAR ¿Cómo?

ARÍS. Porque me ha faltado el tiempo.

PILAR ¡Ya!

ARÍS. Cosas de muchachos.

PILAR Claro. Y como usted no tiene que dar cuentas á nadie...

ARÍS. ¿Que no? ¡Friolera!

PILAR Siendo solo en el mundo...

ARÍS. ¿Solo?... No. Si somos diecisiete de familia ..

PILAR ¿Entonces, cómo dice usted en estos versos: «Sin patria, sin familia, abandonado?»

ARÍS. Porque... porque hace más triste y es la costumbre.

PILAR (¡Vaya una costumbre!) Pues son muy bonitos.

ARÍS. Gracias. No valen nada. Pura afición.

PILAR No, no; revelan mucha facilidad

ARÍS. Eso, sí. Pero si viera usted qué trabajo me cuestan... Si no fuera por el diccionario de la rima... A lo mejor me atasco en un consonante y estoy cinco ó seis días sin poder seguir... Pero yo, *arre* que *arre*... ó erre que erre. Eso es. Hasta que brota.

PILAR (Pues no veo la facilidad.) Caballero, agradezco mucho su atención. (Se levanta.) Y ahora le ruego que se retire... Papá puede venir de un momento á otro. Ha ido cerca de aquí. Usted comprenderá que... (Deja los versos sobre la mesa.)

ARÍS. Sí, lo comprendo. Pero yo había venido á dos cosas.

PILAR La primera, entregarme esta carta.

ARÍS. Y la segunda, recibir contestación.

PILAR ¿Tan pronto?

ARÍS. Sí, señorita.

PILAR Pero si yo .. no sé... no me atrevo... estas cosas son muy delicadas. Lo pensaré.

ARÍS. ¡Por Dios, señorita! No me deje usted marchar así... Una palabra de consuelo... una esperanza, aunque sea pequeña... microscópica... Míreme usted á sus plantas. (Saca el pañuelo, lo extiende en el suelo y se arrodilla delante de Pilar.)

PILAR (¡Pobrecillo! Casi me da lástima.) Pues bien. (Suena un timbre en la alcoba de doña Carmen.) ¡Ay! Dispense usted... mamá me llama... (Vase por la primera de la izquierda, dejando á Arístides arrodillado.)

ARÍS. (Cruzándose los brazos.) ¡Hombre! Qué oportunidad ha tenido esa buena señora. En el momento crítico... en el período álgido... cuando acababa de decir *pues bien*... (Levantándose.) Ahora, ¿qué hago yo? ¿Me voy?... Me quedo?... Una voz interior me dice *quédate*.. otra voz, también interior, me dice *márchate*... (Luchando consigo mismo.) Me parece que tiene razón la segunda... Volveré mañana. (Coge el sombrero y se dispone á salir, al mismo tiempo que entra don Cándido.)

ESCENA VI

ARÍSTIDES y DON CÁNDIDO. Arístides, al ver á don Cándido retrocede. Don Cándido entra sin ver á Arístides y coloca el sombrero en una silla de la derecha

ARÍS. (¡Jesucristo me valga! ¡El kalmuco!... Ahora me siento pequeño... Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado...) (Sigue rezando en voz baja.)

CÁND. ¡Vaya un servicio telefónico! Pido comunicación con Gómez y me la dan con el embajador de Grecia. Vuelvo á llamar y contesta la Dirección de Caballería... (Reparando en Arístides.) ¡Un hombre aquí!... Caballero...

ARÍS. (Ahora... y en la hora de nuestra muerte, amén.)

CÁND. Caballero... (Arístides hace un saludo sin decir nada.) ¿Con quién tengo el honor de hablar?

ARÍS. (Muy turbado.) Conmigo.

CÁND. ¿Qué hace usted aquí?

ARÍS. Esperar.

CÁND. ¿Esperar? ¿A quién?

ARÍS. A... No sé... A cualquiera.

CÁND. ¿A cualquiera?... (¡Ah, torpe de mí! Ya comprendo... He visto un coche á la puerta...)

Caballero... (Arístides vuelve a saludar.) Pido á usted mil perdones por mis preguntas. No le había conocido.

ARÍS. (¡Me ha conocido!... Creo en Dios Padre, Todopoderoso...) (Sigue rezando.)

CÁND. Tome usted asiento. (Se sientan.) (Qué fachilla tan rara tiene.) Deploro en el alma hacerle esperar, pero el otro no ha venido todavía.

ARÍS. ¿No?... Es igual Ya vendrá. (¿Quién será el otro?

CÁND. Esta circunstancia me proporciona el placer de conversar con un sabio de fama universal... con un coloso contemporáneo.

ARÍS. (Modestamente.) Gracias. Es favor... Un pequeño coloso... un colosete. (¡Me está tomando el pelo.)

CÁND. ¡Oh! No pretenda usted negarlo. Mi hija me ha dado antecedentes inmejorables.

ARÍS. (¡Su hija!... ¡Se lo ha contado!)

CÁND. Por cierto que me ha dado usted un chasco.

ARÍS. ¿Un chasco?

CÁND. Sí. Yo esperaba encontrarme con un señor anciano y me encuentro con un pollino... (Rectificando.) con un pollito.

ARÍS. (¡Diablo!... ¡Quería casarla con un viejo!)

CÁND. Francamente, su edad no corresponde á su fama.

ARÍS. (Dale con la fama... Pero, señor, ¿por qué seré yo famoso?)

CÁND. Ya me ha dicho mi hija que ha venido usted hace poco.

ARÍS. Sí, señor... muy poquito.

CÁND. ¿Y cómo está aquello?

ARÍS. ¿Qué es aquello?

CÁND. Aquel país.

ARÍS. ¿Qué país?

CÁND. La América, hombre, las Américas.

ARÍS. ¡Ah! ¿Las Américas?... Bien... (Llenas de trastos viejos. ¿Qué dice este hombre?)

CÁND. ¿Es usted de *allá*? (Haciendo un movimiento de cabeza hacia un lado.)

ARÍS. No, señor. Soy de *acá*. (Haciéndolo en sentido inverso.)

CÁND. Entonces iría usted muy joven.
ARÍS. *Jovencísimo.*
CÁND. Ha hecho usted bien en venirse. Aquello debe ser malsano.
ARÍS. *Malsanísimo.*
CÁND. En cuanto supe por mi hija los antecedentes, me decidí por usted.
ARÍS. Gracias. Yo temía ser rechazado.
CÁND. Hombre, ¿por qué? Lo que yo quiero es que se encargue usted de ella.
ARÍS. ¡Ya lo creo que me encargaré! No deseo otra cosa.
CÁND. Y que la examine usted detenidamente.
ARÍS. Descuide usted. (¿Si estará loco?)
CÁND. El *otro* ya no sabe qué hacer. Al principio la encontraba bastante bien, pero ahora dice que no le gusta nada y quiere que usted le ayude.
ARÍS. (¡Caracoles, qué poca vergüenza tiene el *otro*!)
CÁND. Ahora vendrá y le dirá á usted todo lo que ha hecho. Aquí para *inter nos*, yo creo que ha estado un poco cobarde... La trata con demasiado mimo... será preciso que usted ponga un plan enérgico.
ARÍS. Bueno; lo propondré. (¡De remate!)
CÁND. ¿Querrá usted verla, eh?
ARÍS. Bueno...
CÁND. Vamos allá. (Se levantan y se dirigen á la primera de la izquierda; al mismo tiempo se abre la mencionada puerta y sale Pilar que, al verlos, lanza un grito ahogado.)

ESCENA VII

DICHOS y PILAR

CÁND. ¿Por qué te asustas, muchacha? ¿Qué es eso?
PILAR. Nada, papá.
CÁND. ¡Qué tonta! Mira, tengo el gusto de presentarte al Doctor Conde. (Arístides mira á todas partes sin darse por aludido.)

PILAR (¡El! ¡Nos hemos salvado!) Muy señor mío.

ARÍS. (No le veo. ¿Dónde se habrá metido?)

CÁND. (Observando los movimientos de Arístides.) ¿Busca usted algo?

ARÍS. No, examinaba... la sillería; me ha gustado.

CÁND. (¡Qué raro es este hombre!) (Durante este diálogo, Pilar hace señas á Arístides apuntándole con el dedo para hacerle comprender que su padre se refiere á él. Don Cándido vuelve la cabeza y la sorprende. Pilar se pone á sacudirle el hombro en ademán de limpiarle.) ¿Qué haces, muchacha?

PILAR Ya ves... limpiarte... tenías la manga perdida.

ARÍS. (¡Caramba! ¿Si seré yo el doctor?) (Hace á su vez señas á Pilar, que le contesta con movimientos afirmativos de cabeza. Don Cándido le sorprende también y Arístides le limpia el otro hombro.)

CÁND. ¿También por aquí?

ARÍS. Sí, señor. Por aquí más aún.

CÁND. Bueno, ya está bien, no se moleste. Oye, Pilar, el Doctor quiere ver á mamá... ¿Podemos entrar?

PILAR Sí.

ARÍS. (Decididamente yo soy el Doctor.)

CÁND. ¿Vamos?

ARÍS. Vamos. (¡Pobre señora, la mato!) (Vanse los dos.)

ESCENA VIII

PILAR; luego NICOLASA

PILAR ¡Qué compromiso! ¿Cómo habrá podido suponer papá?... No sé qué hacer... si yo avisara á Mendoza... pero no... ¡Podría enfadarse! Además, el peligro no está ahí. El peligro está en que venga el otro, el verdadero Conde; eso no tendría explicación posible. Hay que evitarlo á toda costa.

NIC. (Entrando.) Señorita...

PILAR ¿Qué quieres?

NIC. Ahí está Tomás. Viene de casa del médico.

PILAR ¿Qué le ha dicho?

NIC. Que no sabe si podrá venir hoy, porque tiene otra consulta á la misma hora.

PILAR ¡Ay!... Dios se lo pague. ¡Somos felices!

NIC. ¿Felices? No comprendo.

PILAR ¿No sabes lo que pasa?

NIC. No.

PILAR Pues oye. Ha venido ese muchacho que me hace el amor.

NIC. Ya le he visto.

PILAR Papá ha creído que es el médico nuevo... el Doctor Conde. Figúrate qué apuro, está en la alcoba de mamá y...

ESCENA IX

DICHOS y el DOCTOR MENDOZA

MEND. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

PILAR Adelante, Doctor. (Vase Nicolasa.)

MEND. Creo qne no he tardado. ¿Ha venido mi colega?

PILAR Sí, señor. Está viendo á mamá.

MEND. ¿Quién es?

PILAR El Doctor Conde.

MEND. ¡Hombre! ¡Buena elección! Hace tiempo que deseo conocerle. Será una honra para mí consultar con un compañero de tanto mérito.

PILAR Con su permiso, Doctor; tengo que preparar la medicina.

MEND. Vaya usted, vaya usted, espero aquí (Vase Pilar.) ¡Caramba, cuánto me alegro! Por fin voy á conocer á ese fenómeno científico.. (Se sienta á la derecha.) al primero que intentó la curación de la jaqueca, extrayendo el cerebro del paciente.

ESCENA X

DICHO, DON CÁNDIDO y ARÍSTIDES, que salen por la primera de izquierda sin ver á Mendoza

CÁND. Pero, Doctor, yo quería que la viera usted más despacio.

ARÍS. No es necesario.

CÁND. (¡Vaya un golpe de vista!) ¿De modo que usted opina?...

ARÍS. Que no es nada... la fatiga... la emoción...

CÁND. ¿Cómo... la emoción?

ARÍS. Sí, la emoción... que causa la fatiga.

CÁND. ¿Qué fatiga?

ARÍS. La fatiga... que produce la emoción.

CÁND. Pero... (Viendo á Mendoza.) ¡Ah! dispense usted, Mendoza, no le había visto. (Indicando á Arístides.) El Doctor Conde. (Mendoza saluda. Señalando á Mendoza.) El Doctor Mendoza. (Arístides saluda.)

ARÍS. (¡Ah!... ¡Vamos.. este es el *otro*!)

MEND. (No creí que era tan joven.) Tengo mucho gusto en saludar respetuosamente al que es honra de nuestra Facultad.

ARÍS. No tanto; se hace lo que se puede, y vamos pasando.

MEND. Al solicitar el concurso de un compañero no esperaba tener la suerte de que fuera usted el designado. (Pilar entra por el fondo con una taza en la mano y sale por la primera de la izquierda.)

ARÍS. Yo tampoco.

MEND. Estoy á sus órdenes. Cuando usted guste podemos empezar nuestra consulta.

ARÍS. (¿Nuestra consulta?... No contaba yo con esto.) Bueno empezaremos. (Voy á salir de aquí hecho rajitas como un salchichón.)

CÁND. Tomen ustedes asiento. (Arístides y Mendoza se sientan á la izquierda; don Candido permanece en pie.) ¿Puedo quedarme, Doctor? (A Mendoza.)

MEND. Sí, si señor; es decir; (Mirando á Arístides.) salvo el parecer...

ARÍS. Por mí, que se quede.

CÁND. Gracias.

MEND. ¿Ha visto usted á la enferma?

ARÍS. Sí, señor. Ahí está... en su camita.

MEND. Entonces no creo preciso que la molestemos de nuevo.

ARÍS. No, no señor.

MEND. (Después de toser, pasarse la mano por la frente, limpiarse los lentes, etc.) Según todas las probabilidades, se trata de una pericarditis aguda.

CÁND. Dispense usted, Doctor. ¿Qué enfermedad es esa?

MEND. Pues una inflamación del pericardio.

CÁND. ¡Ah, vamos!... Sí. . Sí. (Me he quedado como estaba.) Sigan ustedes.

MEND. El caso presenta alguna gravedad. Creo que en estos dos extremos estaremos de acuerdo. ¿No es así? (Don Cándido se ríe.)

ARÍS. Sí, señor. (Don Cándido se pone serio.)

CÁND. ¿Cómo que sí señor? ¿No me ha dicho usted que no era nada?

ARÍS. (¡Calla!... ¡pues es verdad! ¿Cómo arreglo esto? No... no... permítame usted... dije que no era nada, pero sin quitar importancia á la afección. Dentro de la gravedad cabe el más y el menos. No es nada y es grave. Esto parece contradictorio, ¿eh?... pues no hay tal cosa... son conceptos meramente subjetivos que se transforman en objetivos mediante la unión entre el sujeto y el objeto. ¿Comprende usted?

CÁND. ¡Pchst!... algo.

ARÍS. (Pues yo nada.)

CÁND. (No lo veo muy claro... ¡Pero vaya un talento!)

ARÍS. Siga usted. (A Mendoza.)

MEND. A la segunda visita observé grandes latidos en el corazón. Dos días después cefalalgia, turgescencia de las venas yugulares, elevación precordial con ensanchamiento de los espacios intercostales, matidez precordial piriforme á la izquierda, y, sin embargo, asómbrese usted.. nada de tumefacción en el epigastrio.

ARÍS. ¡Oh, estupendo! ¡Piriforme... digo... piramidal!

MEND. Esta anomalía me hace temer una equivocación en el diagnóstico. ¿No podría tratarse de una pleurodinia?

ARÍS. ¡Quiá, no señor!... creo, como usted, que es una... una... (¡Adiós! se me olvidó... acababa en itis...)

CÁND. *Picarditis.*

MEND. Pericarditis.

ARÍS. Justo... eso es. (A Mendoza.) No le haga usted caso. Como no entiende...

MEND. La medicación empleada ha obedecido á ese supuesto. Cocimientos de grama nitrada como bebida usual, sangrías de trescientos gramos, vejigatorios volantes, y, en fin, ¿para qué insistir?... el resto lo conoce usté mejor que yo... diuréticos... digital...

ARÍS. Sí... sí... todo eso.

MEND. Bien á pesar mío, confieso que los efectos se hacen esperar demasiado. Tendré, pues, sumo gusto en oir las observaciones que se digne usted hacerme.

ARÍS. Bueno... pues... verá usted... pues ninguna... Todo lo expuesto me parece acertadísimo Sigamos con lo mismo, y dentro de algunos días veremos si conviene hacer algo más.

MEND. ¿No cree usted que un plan más enérgico?...

ARÍS. No... más adelante procederemos enérgicamente... brutalmente, por decirlo así.

MEND. Bien. Quisiera, sin embargo, ensayar las píldoras hidragogas, ¿qué le parece á usted?

ARÍS. Perfectamente. Ensáyelas usted.

MEND. Entonces extenderé la receta. (Se levanta.)

ARÍS. (Levantándose.) (¡Gracias á Dios! Esta es la ocasión de escapar.)

MEND. Un momento. Deseo que ausculte usted á la enferma. ¿Quiere usted tomarse esa molestia?

ARÍS. ¡Oh, molestia ninguna! (¡Maldito seas!) (Mendoza le da un estetescopio armado.) Gracias. (Lo examina con curiosidad.)

MEND. Por si quiere observar la temperatura, aquí tiene usted el termómetro. (Le da un pequeño termómetro.)

ARÍS. Gracias. (Se guarda ambos instrumentos. Mendoza se sienta á la derecha y extiende la receta.)

CÁND. (A Arístides.) ¿Qué le parece á usted?

ARÍS. ¡Oh, oh!

CÁND. Es bueno, ¿eh?

ARÍS. ¡Oh! (Mendoza se levanta.)

MEND. (A Arístides.) Doctor: soy su más adicto amigo y compañero. (Le da la mano.) Hasta la vuelta, don Cándido. (Idem íd.)

CÁND. Adiós, y buen viaje. ¿Qué le parece á usted? (Señalando á Arístides.)

MEND (¡Oh, oh!... tenía razón. Es una eminencia.) (Vase.)

ESCENA XI

ARÍSTIDES y DON CÁNDIDO; don Cándido toca el timbre y sale NICOLASA. Don Cándido la entrega un papel que coge de encima de la mesa. Después PILAR. Arístides se pone á mirar por el orificio del telescopio como si fuera un anteojo. Después sopla en él

CÁND. A la botica. Dí que corre prisa.

NIC. Está bien. (Vase.)

ARÍS. (Examinando de nuevo el estetoscopio.) ¿Y qué hago yo con este chisme? Parece un cornetín. (Sopla en él de nuevo, lanzando el aire á la cara de don Cándido, que se le aproxima.) ¡Ay! ¿Le he hecho daño?

CÁND. No, no. (Se pasa la mano por los ojos.) Dispense usted, Doctor. Voy á ver si podemos entrar. (Pasa por delante de Arístides; éste sopla de nuevo, pero don Cándido baja la cabeza, esquivando así el soplo, y vase por la primera izquierda.)

ARÍS. (Soplando de nuevo.) No, pues no suena; estará estropeado. (Lo deja en la mesa de la izquierda y saca el termómetro.) Ha dicho que tome también la temperatura... ¿para qué será?... En fin... la tomaré y salga lo que salga... (Abre el balcón y finge colocar el termómetro.) ¡Caramba, ¡qué frío! Anda, ya no me acordaba del coche... me está esperando! ¡Otra complicación! (Saca el reloj.) ¿A ver? ¡Cinco horas! ¡Me va á costar un dineral el tal cochecito! ¡Cáspita,

qué airecillo más desagradable! Lo menos estamos á dos bajo cero. (Consulta el termómetro.) ¿No lo dije? ¡Cabales! (Cierra el balcón.)

PILAR (Saliendo por la primera de la izquierda.) ¿Todavía aquí? ¡Márchese usted, hombre!

ARÍS. Pero señorita... si... es que...

CÁND. (Saliendo por el mismo sitio.) Pase usted, Doctor. (Entran los dos.)

PILAR ¡Esto es insufrible! ¡Se va á descubrir todo! ¡Y yo sin saber dónde puse los versos! (Buscando.) ¡Ah, sí! estos son. (Coge un papel y vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XII

El DOCTOR CONDE y TOMÁS

TOM. (Dejando paso al Doctor.) Sí, señor; dije que probablemente no podría usted venir hoy.

CONDE (Imitando el acento americano del Sur.) Por fortuna no ha sucedido así. Tenía otra consulta, pero se ha aplazado hasta mañana. Puedes retirarte. Esperaré. (Se sienta. Vase Tomas.)

ESCENA XIII

DICHO y ARÍSTIDES

ARÍS. (Saliendo por la primera de la izquierda.) Lo he dejado por aquí. (Ve al Doctor y se queda inmóvil. El Doctor, al verle, se levanta y saluda. Arístides saluda.) (¿Quién será este tío?)

CONDE Caballero... he sido llamado por usted...

ARÍS. ¿Por mí? No, señor... yo no he llamado á nadie.

CONDE (¡Ah, este será el hijo!) Bueno por su papá.

ARÍS. ¿Mi papá? ¿Que le ha llamado á usted mi papá? ¡Si está en Valladolid! (¡Demonio, si será este!)

CONDE Vamos, ya caigo. ¡Será usted médico de cabecera!

ARÍS. ¿De cabecera? (De pies en polvorosa.) (Hace ademán de irse, á tiempo que sale don Cándido por la primera de la izquierda, y se detiene al verle.)

ESCENA XIV

DICHOS y DON CÁNDIDO

CÁND. ¿No parece?

CONDE (A ver si es este.) ¿Don Cándido Pérez?

CÁND. Servidor de usted.

CONDE Muy señor mío. He sido llamado con urgencia para asistir á una consulta. Ruego á usted me dispense si no he venido antes.

CÁND. (¿Otro Doctor?... Se va á descolgar aquí todo el protomedicato.) Caballero, sin duda padece usted un error...

CONDE No lo creo, pero de todos modos, esta tarjeta podrá sacarnos de dudas. (Le da la tarjeta.)

CÁND. (Examinándola.) En efecto, es la misma que yo escribí al Doctor Conde... pero es el caso que el Doctor Conde ha venido ya. (Señala á Arístides.)

CONDE ¡Imposible! ¡El Doctor Conde soy yo!

CÁND. ¿Usted?

CONDE Yo, sí señor.

CÁND. (A Arístides.) ¿Qué significa esto, caballero? ¿Quién es usted?

ARÍS. Yo soy... otro.

CÁND. ¿Otro qué?

ARÍS. Otro Doctor Conde. Hay dos... es decir... (pondré uno más por si acaso...) hay tres.

CÁND. Bueno, habrá trescientos, pero no me explico lo que sucede. Yo dí al criado esta tarjeta y le envié á casa de las señoritas de Quintanapalla, con objeto de que le indicaran las señas del Doctor, que es amigo suyo. Ahora bien, si la tarjeta la recibió este caballero, ¿cómo ha venido usted? ¿Quién le ha llamado?

ARÍS. Diré á usted... el caso parece raro, pero en realidad no lo es. En efecto, ¿qué relación existe entre los enunciados de la cuestión?... Una relación accidental que al exteriorizarse...

CÁND. ¡Hombre, por los clavos de Cristo! Suprima usted la filosofía y vamos al grano.

ARÍS. (¡Pues es un grano de anís! Cualquiera explica... ¡Ah, qué idea!) Es muy sencillo. (Al Doctor Conde.) ¿Dónde vive usted?

CONDE En la calle del Príncipe cincuenta y dos.

ARÍS. Pues no diga usted más. (Haciendo ademán de taparle la boca.)

CONDE Si no digo más...

ARÍS. Yo he vivido en esa casa bastante tiempo y cuando me mudé, omití advertírselo á las señoritas de Quintanapalla que son, en efecto, amigas mías.

CONDE Y mías.

CÁND. Y mías... y de la niña...

ARÍS. ¿Sí? Pues bien, esta noche fuí á visitarlas y me dijeron que acababa de preguntar por mí un criado, al cual dieron mis señas antiguas. Yo me apresuré á venir... el resto es fácil de comprender... una coincidencia de nombre y profesión...

CÁND. Pues entonces, ya que este caballero se ha tomado la molestia de venir, puede entenderse con usted sustituyendo así á Mendoza.

CONDE Estoy á sus órdenes.

CÁND. Siéntense ustedes. (Lo hacen.)

ARÍS. (¡Esto es demasiado... me voy á pasar aquí la vida!...)

CÁND. Dispense usted, Doctor... que me quede... tengo costumbre... pero no hablaré nada porque meto la pata.

CONDE ¿De qué se trata, compañero?

ARÍS. (Ahora me luzco.) Pericarditis aguda con incandescencia de las venas tubulares. Tiene muy inflamado... pero muy inflamado el policarpo. Matidez piriforme á mano izquierda, y sin embargo, ¡asómbrese usted!... nada de tumefacción en el pirineo.

CONDE ¡Pero!...

ARÍS. Absolutamente nada. Tratamiento: agua de Carabaña como bebida usual, sangrías de tres kilogramos, vejigatorios volátiles...

CONDE (¡Qué atrocidad!)

ARÍS. Temperatura á la sombra, dos bajo cero.

CONDE (¿De dónde ha salido este médico?)

ESCENA XV

DICHOS y NICOLASA

NIC. (Entrando por el fondo.) Señor...

CÁND. ¿Qué ocurre?

NIC. Que el boticario ha leído este papel que usted me dió y se ha enfadado mucho. Dice que hagan ustedes el favor de no tomar á broma las cosas de botica. (Le da el papel.)

CÁND. ¿A ver? (Leyendo.)

«Cual volcán encendido, así mi pecho
arde de amor por tí.»

¡Hombre... parecen versos!

ARÍS. (¡Esto más!) (Se levanta.)

CÁND. No... no es Tomás... es Nicolasa.

ARÍS. No... si digo que... Puede que sean míos... los habré dejado distraídamente... (Los coge.) Sí... estoy escribiendo un drama y siempre llevo escenas en los bolsillos. (Se los guarda.)

CÁND. (Me van chocando estas distracciones.) Bueno, aquí estará la receta... (La busca.) Pues no... vaya, que no parece... (A Arístides.)

CONDE Haga usted otra. (A Arístides.)

ARÍS. Con mucho gusto. (Ahora va á ser ella...) (Se sienta á escribir.) (Eran unas píldoras... píldoras de... de... de la Sinagoga... sí... sí.. creo que es eso... yo lo pongo...)

CONDE (Este hombre es un farsante.) (A don Cándido.)

CÁND. ¿Cree usted?... Pues entonces voy á... (Se dirige á Arístides.)

CONDE No, déjeme á mí. (Le detiene.)

ARÍS. (Escribiendo.) «De la Sinagoga.» Ajajá.. (Se levanta.) (Ahora me eclipso.) (A Nicolasa.) Tome usted.

CONDE ¿Me permite usted que lea la receta?

ARÍS. No merece la pena... son unas pildorillas.

CONDE. No importa... tengo curiosidad... ¿A ver? (Le coge la receta y lee.) «Píldoras de la Sinagoga.» Pues no las conozco.

ARÍS. ¿Cómo que no? ¡Hombre, me extraña! De la Sinagoga... haga usted memoria... son anti-

quísimas... de origen hebreo... los judíos las usaban á todo pasto.

CONDE. Basta de broma... señor mío. No quiero hacerme solidario de una farsa indigna. (A don Cándido.) Caballero, este hombre no sabe una palabra de medicina. Yo lo *garanto*.

ARÍS. (Y yo también.)

CÁND. (Cogiendo á Arístides por un brazo y después de una oreja.) Venga usted acá, bribón. ¿Conque esas tenemos?

ARÍS. (¡Ya no puedo más!) Caballero, voy á cantar.

CÁND. ¡Se guardará usted muy bien!... ¡En casa de un enfermo!...

ARÍS. Digo que voy á confesarlo todo.

CÁND. ¡Ah! Vamos á ver.

CONDE Veamos.

ARÍS. No soy médico.

CONDE Me lo figuraba.

ARÍS. Soy estudiante de derecho.

CÁND. Me lo figuraba.

ARÍS. Estoy enamorado. (Tímidamente.) ¿Se lo figuraban ustedes?

CÁND. También. Adelante.

ARÍS. Estoy enamorado.

CÁND. Ya lo he oído. ¿De quién?

ARÍS. De la señorita Pilar.

CÁND. ¿De mi hija? Siga usted.

ARÍS. ¿Que siga enamorado?

CÁND. Que siga usted hablando.

ARÍS. ¡Ah! Me tomé la libertad de subir para entregarla estos versos. Cuando quise marcharme, tuve el honor de ser sorprendido por usted... no me atreví á decirle quién era... yo no sabía dónde tenía la oreja... la cabeza... lo demás... es inútil recordarlo.

CÁND. Vamos á ver, ¿qué haría usted en mi lugar? (Le da un tirón.)

ARÍS. ¡Ay!... no tiraría tanto.

CÁND. No es eso. (Le suelta.) Si un monigote pretendiese á su hija y empleando medios indignos se introdujera en su propia casa, ¿qué castigo le daría usted?

ARÍS. Casarle.

CÁND. Pues yo, *cascarle*. (Le amenaza.)

ARÍS. (Poniéndose en guardia.) ¡Tenga usted en cuenta que ella me corresponde! (Sale Pilar por la segunda puerta de la derecha.)

CÁND. ¡Qué le ha de corresponder! ¡Chisgarabís! ¡A un desconocido!... ¡á un advenedizo!...

ARÍS. ¿Que no?... Ahí está... Pregúnteselo usted...

CÁND. ¡Tendría que ver! Oye, hijita, ¿te casarías tú con este adefesio? (Pilar vacila en contestar.) Vamos... la verdad...

PILAR Si no había otra cosa mejor...

ARÍS. (¡Chúpate esa!) ¿Lo ve usted?

CÁND. ¡Hija desnaturalizada!

ARÍS. Yo la haría feliz. Tengo condiciones para ello. Puedo ofrecerla un cuerpo sano, un alma virgen y un título de licenciado en Derecho... virgen también.

CÁND. Sí, media letanía.

ARÍS. Poseo además un nombre honrado... nadie podrá hablar mal de Arístides Valcárcel.

CONDE ¡Hombre! ¿Valcárcel? ¿Era pariente de usted don Agustín?

ARÍS. Sí, señor, tío.

CONDE Le conocí en Puerto Rico. Y á propósito, ¿en qué quedó lo de la herencia?

ARÍS. Sigue en litigio. A mi familia le corresponden ocho millones.

CÁND. / PILAR ¡Ocho millones!

CÁND. (Acercando una silla á Arístides) Siéntese usted, señor Valcárcel... no había reparado... (Saca la petaca y le da un puro.) Un cigarrito... (Arístides lo toma y se sienta.)

ARÍS. Gracias.

CÁND. (Al Doctor Conde.) Doctor, ¿quiere usted ir examinando á mi señora?

CONDE Con mucho gusto.

CÁND. Nicolasa, acompaña al Doctor. Soy con usted al momento. (Nicolasa y el Doctor vanse por la primera de la izquierda. Dándole una palmadita en la espalda.) ¡Vaya con don Aristiditos! Ya habrá usted comprendido que todo lo que le dije era broma, ¿eh?

ARÍS. Mecachis.. pues parecía de veras... lo que es los tirones... (Señalando las orejas.)

CÁND. ¡Quiá, tonto!... Si eran cariñosos... (Se moja el dedo en saliva y se lo pasa por la oreja á Arístides que se limpia con el pañuelo.) Pues sí, ¿cree usted que yo iba á contrariar las inclinaciones de mi hija?... Además... si se tratara de un cualquiera... de un advenedizo... pero yo le conozco á usted hace ya mucho tiempo.

ARÍS. ¿Sí?

CÁND. Ya lo creo. Usted es... sobrino de don... de don... Vamos, de ese señor de Puerto Rico... el de la herencia...

ARÍS. Sí, señor. (¿Quién se lo habrá dicho?)

CÁND. Nada, nada; (Dándole nuevas palmaditas.) es cosa hecha. Puede usted... es decir, puedes venir cuando quieras á esta casa. Consiento gustoso vuestras relaciones, y así que te licencies... licencio también á ésta. (Indicando á Pilar.) Ahora vamos á contárselo todo á mamá y á ver lo que nos dice el legítimo doctor Conde... ¡Ah!... ¡Un momento!... (Dirigiéndose al público.)

Si deseas que complete
mi dicha casi colmada,
no me pongas en un brete
y sanciona este juguete
por medio de una palmada. (Telón.)

FIN

OBRAS DE JOAQUIN ABATI

Entre Doctores.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Azucena.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original

Ciertos son los toros.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Condenado en costas.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

El otro Mundo.—Juguete cómico en un acto y en prosal original. (1)

Doña Juanita.—Comedia en dos actos, en prosa. (2).

Los niños.—Comedia en dos actos, en prosa. (2)

La conquista de Méjico.—Comedia en un acto y en prosa, original.

Los litigantes.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Causa criminal.—Monólogo en prosa, original.

La enredadera.—Juguete cómico en un acto y dos cuadros, en prosa, original.

De la China.—Juguete cómico en un acto y en prosa, original. (3)

Los besugos.—Sainete lírico en un acto y seis cuadros, en prosa y verso, original. (3)

Los amarillos.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa. (2)

El tesoro del estómago.—Caricatura en un acto y tres cuadros. (3)

Lucha de clases.—Zarzuela en un acto y tres cuadros. (4)

Las Venecianas.—Ensayo cómico-lírico en un acto y tres cuadros (la música). (5)

La buena crianza ó tratado de urbanidad.—Monólogo cómico, original, en prosa.

Tierra por medio.—Zarzuela en un acto. (4)

El Código penal.—Zarzuela cómica en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa. (6)

Tortosa y Soler.—Comedia en tres actos y en prosa. (7)

Aquilino Primero.—Juguete en un acto. (8)
El Himeneo.—Monólogo en prosa.
Un hospital.—Monólogo en prosa. (3)
Los hijos artificiales.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (7)
El intérprete.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (3)
El trébol.—Zarzuela cómico-lírica en un acto y tres cuadros, en prosa. (9)
El aire.—Juguete cómico en un acto y en prosa. (9)
Tortosa y Soler.—Refundida en dos actos. (7)
La Mulata.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa (3) y (9)
Alsina y Ripoll.—Comedia en cinco actos y en prosa. (6)
La Marcha Real.—Zarzuela cómica en tres actos y en prosa. (9)
La taza de the.—Zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros. (9) y (11)
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en tres actos y en prosa. (10)
El aire.—Juguete cómico-lírico en un acto, en prosa. (9)
Las cien doncellas.—Monólogo cómico en prosa.
El 30 de Infantería.—Juguete cómico en dos actos, en prosa. (Refundición). (10)
La hostería del laurel.—Zarzuela en un acto, dividido en en tres cuadros, original y en prosa. (9)

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García.
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con Don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.

Preu: UNA pesseta